



¿Y si recuperamos la categoría de “virtud” para nuestro tiempo?

Fr. Hernán Yesid Rivera, O. P.¹

Fr. Franklin Buitrago, O. P.²

¹ Docente de la Facultad de Teología de la Universidad Santo Tomás. Bogotá, Colombia. Correo electrónico: frayhernanrivera@usantotomas.edu.co

² Decano de la División de Filosofía y Teología de la Universidad Santo Tomás. Bogotá, Colombia. Correo electrónico: dec.teologia@usantotomas.edu.co

De acuerdo con las reflexiones de pensadores creyentes y no creyentes, en nuestro tiempo es necesario tomar muy en serio la reactivación de la ética y la moral, las cuales, en cierta medida, brindan un camino más humanizador para las personas y las comunidades, teniendo como guía una base común y respetando la pluralidad de matices, que permitan asentar una sociedad justa, libre, humana y racional. En este sentido, se pone de manifiesto que una formación ética ha de convertirse en una prioridad dentro de nuestra sociedad si queremos afrontar problemas como la corrupción, la injusticia, la intolerancia o la indiferencia.

El fortalecimiento o el deterioro de los valores que permiten la cohesión de las familias, los grupos y las instituciones tienen consecuencias directas en nuestra vida personal y social. Pero, a pesar de ello, y de forma paradójica, resulta difícil hablar hoy en muchos ámbitos de la pertinencia de la ética o de la moral en la búsqueda de una vida buena y feliz. Para muchos, incluir una reflexión ética y moral en la cotidianidad de sus vidas al parecer tiene pretensiones de una intromisión en la libertad o en la individualidad, o pareciera ser un discurso que va en contra del derecho que tiene cada cual de vivir según sus opciones y su identidad. Esta visión negativa de la ética o de la moral se refiere, en realidad, a una manera particular de enfocar la reflexión moral que logró auge durante la Modernidad, gracias a algunos autores, quienes fundamentaron sus ideas en la noción de deber u obligación moral. Por esta razón, es normal que una ética entendida como un conjunto de deberes o de obligaciones termine por ser vista como una amenaza contra la libertad o la individualidad.

Pero, entonces, ¿cómo entender de otra manera la ética que, sabemos, sigue siendo tan importante para nuestras sociedades? ¿Cómo proponer de manera po-

sitiva esos valores que siguen siendo esenciales para sustentar nuestra vida social? En las últimas décadas un número creciente de pensadores en el campo de la filosofía, la antropología filosófica, la ética y la moral cristiana, considera que una manera de recuperar y de dar nueva vigencia a las reflexiones sobre una vida auténticamente humana con principios éticos es regresar a la tradición filosófica y ética anterior a la Modernidad y, particularmente, a una de sus categorías fundamentales: la “virtud”, la cual se enmarca principalmente en la tradición aristotélico-tomista.

Si bien se debe reconocer que la categoría “virtud” ha sido objeto de diferentes interpretaciones e, incluso, de tergiversaciones, y que, por tanto, puede encontrar resistencias en algunos académicos, también reconocemos que, en su sentido genuino, ella expresa una visión amplia y realista del ser humano, de su libertad y de su manera de actuar. La virtud es, de acuerdo con la definición del filósofo cristiano Josef Pieper, el *ultimum potentiae*, es decir, “lo máximo a que puede aspirar el [ser humano], o sea, la realización de las posibilidades humanas en el aspecto natural y sobrenatural” (Pieper, 1976, p. 15).

En este orden de ideas, para entender qué es una virtud, partimos del hecho de que, en las diferentes épocas de la historia, los pueblos han admirado y promovido cualidades o excelencias humanas que consideran importantes para la vida personal y para el buen funcionamiento de las sociedades. Tales cualidades, que pueden ser intelectuales, morales o espirituales, se expresan, por ejemplo, en los mitos y leyendas de los pueblos antiguos, donde los héroes encarnan esas excelencias de modo ejemplar. Además, en el contexto de la vida y fe cristianas, las narraciones bíblicas sobre personajes elegidos por Dios o guiados por Él han sido comprendidas como parte fundamental de la historia de salvación querida

por Dios para la humanidad, así como una enseñanza que contiene aquellas virtudes, valores e ideales necesarios para caminar hacia un futuro auténticamente humano y feliz.

El fortalecimiento o el deterioro de los valores que permiten la cohesión de las familias, los grupos y las instituciones tienen consecuencias directas en nuestra vida personal y social.

Los relatos de las hazañas de héroes son empleados como un modo de educación moral para promover cualidades tales como el honor, la valentía, la fidelidad y la sabiduría. Pensadores como Platón o Aristóteles se encargaron de describir y organizar esas cualidades o excelencias a las que dieron el nombre de *areté*: virtud. Aristóteles (2001), en particular, afirma que todo ser humano tiene como fin en su vida buscar la felicidad. Por eso, llama virtudes a esas cualidades que le ayudan al ser humano en su camino hacia la felicidad. Por ejemplo, la prudencia, la sabiduría, la fortaleza o la justicia. En cambio, las cualidades que le impiden al ser humano alcanzar la felicidad reciben el nombre de vicios, como lo son la imprudencia, la cobardía o la injusticia. En esta perspectiva, el criterio para saber si algo es una virtud no son ni el deber, ni la ley o las costumbres sociales, sino la disposición buena del espíritu del ser humano hacia su realización y felicidad, ya que, en su sentido más completo, la virtud está integrada en la naturaleza del ser humano, y en su búsqueda de la felicidad como ser racional, libre, social y espiritual. Como representantes de esta corriente podemos mencionar a Alasdair MacIntyre (1981, 1992, 2001), Josef Pieper (2007), Otto Hermann Pesch (1987), Julio Luis Martínez (2002) y Sedano (2012),

Cada persona tiene aspiraciones, ideales, o sueños de futuro que configuran un proyecto de vida y una búsqueda personal de felicidad y de realización. Dentro del marco de dicho proyecto de vida, el ser humano puede comprender qué cualidades son necesarias y útiles para alcanzar las metas y los ideales de felicidad que inspiran y animan cada una de sus acciones. Algunas veces ciertas personas piensan que la libertad consiste simplemente en la capacidad de elegir lo que desean para cada momento y en cada circunstancia sin restricción alguna. Sin embargo, de forma consciente o inconsciente olvidan que cada una de las decisiones y acciones que realizan a lo largo de su vida forman una unidad, se relacionan entre sí, y tienen causas y consecuencias. Esa unidad de nuestro actuar se ve, por ejemplo, cuando un ser humano narra acontecimientos o hechos de su vida: necesariamente organiza dentro de una lógica coherente las decisiones y acciones que lo llevaron a ser quien él es en la actualidad.

Esa unidad de sentido y de intencionalidad entre nuestros actos libres y voluntarios ha llevado a los estudiosos de la virtud a profundizar en otra categoría fundamental, el *habitus*, como lo llamaban los medievales. Un hábito no es una simple costumbre, ni una mera repetición. Por ejemplo, en la medida en que nos esforzamos por vivir una virtud como la sinceridad, esta se nos va volviendo más familiar, espontánea y fácil de ejercitar. Si al comienzo nos resultaba difícil ser sinceros por temor a ser rechazados o por la costumbre de disimular nuestras ideas y sentimientos, al ejercitarnos conscientemente en expresar lo que verdaderamente sentimos y pensamos, poco a poco, tal ejercitación se va convirtiendo para nosotros en algo natural, espontáneo y agradable. Entonces, podremos concluir que la sinceridad se ha vuelto un hábito en nosotros y que constituye una

auténtica virtud. Esta fue, por cierto, la forma como Tomás de Aquino entendió el concepto de virtud: un hábito que nos permite hacer el bien de manera espontánea y alegre³.

De esta manera, el estudio de la virtud nos permite una comprensión del actuar humano mucho más amplio que la de una moral reducida a deberes y obligaciones. Nuestras reacciones, sentimientos, palabras y acciones ante una situación determinada no son simplemente el resultado de una decisión puntual; nuestro actuar moral responde a los hábitos que hemos ido cultivando y que van formando en nosotros un *carácter moral*. Nuestra historia personal, nuestras experiencias pasadas, nuestra educación, nuestros ideales y aspiraciones de futuro, todo ello está implicado en nuestro actuar moral y le da sentido. Por tal motivo, en contravía de algunos pensadores modernos, los estudiosos de la virtud consideran que la vida moral no se reduce a actos aislados o a la obediencia a códigos establecidos, sino que esta debe ser comprendida y valorada desde un horizonte mucho más amplio.

Formar personas en la virtud

Asumir la visión del actuar moral desde la virtud implica también una mirada más amplia frente a la formación moral de las personas. La educación moral no se reduce a una instrucción sobre lo que está bien o está mal de acuerdo con unas normas éticas, ni al entrenamiento para cumplir dichas normas. La formación moral tiene que ver con trazar proyectos de vida, revisar ideales de felicidad, comprender las propias

acciones dentro de una unidad coherente. Filósofos contemporáneos como el escocés Alasdair MacIntyre han insistido en la importancia de las narraciones y de las comunidades dentro de la educación moral. Señalábamos que los pueblos antiguos contaban en sus mitologías con héroes que encarnaban las cualidades o valores admirados dentro de una comunidad y transmitidos a las nuevas generaciones (MacIntyre, 2001). Las virtudes necesitan héroes, modelos de vida que las personifiquen y que sirvan de ejemplo a otros. Igual ocurre con los vicios. Podemos preguntarnos cuáles son los héroes que se admiran e imitan en nuestra cultura mediática actual. Ellos explican muchos de los ideales de felicidad, las virtudes y vicios más difundidos en nuestra sociedad, lo cual también nos plantea la necesidad de contar con héroes y relatos de esas virtudes que quisiéramos fomentar en nuestras colectividades, héroes (y no solo mártires) de la honestidad, la justicia y la solidaridad.

El estudio de la virtud nos permite una comprensión del actuar humano mucho más amplio que el de una moral reducida a deberes y obligaciones.

El relato de un héroe necesita también de una *comunidad* donde las virtudes que este encarna puedan ser admiradas e imitadas. Esta afirmación representa también un desafío para las instituciones que dicen ser educadoras morales, pero que muchas veces contradicen con sus prácticas reales lo que enseñan con sus palabras. Una virtud, como dijimos, no es una teoría moral. Una virtud es ante todo un hábito; es decir, un modo de actuar que se realiza de manera espontánea y alegre. Necesitamos comunidades virtuosas donde puedan ser vividas y enseñadas las virtudes esenciales para la vida personal y social. Por

³ *Et quia virtus est quae bonum facit habentem, et opus eius bonum reddit, huiusmodi habitus simpliciter dicuntur virtutes, quia reddunt bonum opus in actu, et simpliciter faciunt bonum habentem.* I^a-II^ae q. 56 a. 3 co.

esta razón, muchos teóricos de la virtud afirman que, en medio de nuestras sociedades masificadas y anónimas, necesitamos devolverle el valor a las estructuras comunitarias como iglesias, asociaciones, grupos de apoyo, comunidades educativas y académicas, etc. Estas comunidades que se establecen y permanecen unidas en torno a valores, ideales y proyectos compartidos son un espacio de socialización y de apropiación de virtudes.

En este orden de ideas, consideramos que, para quienes estamos comprometidos con la vida académica universitaria y con diferentes labores educativas, estas reflexiones en torno a la categoría virtud pueden brindarnos algunos aportes y nuevas luces, así como desafíos e interrogantes de frente a nuestro papel como educadores y formadores: ¿cómo lograr, por ejemplo, que nuestras comunidades académicas sean realmente un lugar de vivencia y aprendizaje de esos hábitos fundamentales para la vida personal, profesional y social? Necesitamos verdaderas comunidades de vida y de reflexión ética, héroes que encarnen los valores que enseñamos y narraciones que nos permitan sentirnos parte de una historia diferente, alternativa y, a la vez, creíble.

Justamente, en este contexto está enmarcado nuestro actual proyecto de investigación en la Facultad de Teología, el cual trata sobre la pertinencia de recuperar la categoría de “virtud” para nuestro tiempo, y ha venido trabajando sobre preguntas como las anteriormente planteadas, reconociendo su importancia dentro de una universidad católica, dominicana y tomasina. Los héroes que inspiran a nuestra comunidad universitaria y los ideales que nos congregan como comunidad académica, son una fuente de inspiración en nuestra tarea de formar personas, quienes, de manera ética, creativa y crítica, respondan a los retos de la sociedad.

Referencias bibliográficas

- Aristóteles (2001). *Ética a Nicómaco. Introducción*. (Traducción y notas de José Luis Calvo Martínez). Madrid: Alianza Editorial.
- Martínez, J. L. (2002). Virtudes. En C. Floristán (director), *Nuevo Diccionario de Pastoral* (pp. 1584-1593). Madrid: San Pablo.
- McIntyre, A. (1981). *After Virtue. A Study in Moral Theory*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- McIntyre, A. (1992). *Tres versiones rivales de la ética*. Madrid: Ediciones Rialp.
- McIntyre, A. (2001). *Animales racionales dependientes: por qué los seres humanos necesitamos las virtudes*. Barcelona: Paidós.
- Pieper, J. (1976). *Las virtudes fundamentales*. Madrid: Madrid.
- Pesch, O. H. (1987). Teología de las virtudes y virtudes teológicas. En Concilium 211, *La virtud ante el cambio de valores* (pp. 459-480). Madrid: Cristiandad.
- Pesch, O. H. (1992). *Tomás de Aquino: límite y grandeza de una teología medieval*. Barcelona: Herder.
- Pieper, J. (2007). *Las virtudes fundamentales*. Madrid: Rialp.
- Sedano, J. J. (2012). *Hacia una pedagogía de la respuesta*. Bucaramanga: Universidad Santo Tomás.